

## LA HISTORIA SOCIAL DESPUÉS DEL "FIN DE LA HISTORIA": LO QUE "EL ÚLTIMO HOMBRE" NO DEBERÍA OLVIDAR (\*)

SOCIAL HISTORY AFTER "THE END OF HISTORY": WHAT "THE LAST MAN" OUGHT NOT TO FORGET.

Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ.

C/ Cardenal Zapata nº 5-3º. 11004 – CÁDIZ. Correo electrónico: jcarlosdp@hotmail.com.

### Resumen.

Tras el así llamado "fin de la Historia" que pone al hombre frente a su propio legado histórico y cultural, para evitar que este momento de la posmodernidad nos arrastre a los historiadores a una función decorativa dentro de la sociedad, sería necesario no olvidar qué ha sido la Historia Social y cuáles son sus innegables posibilidades con el fin de que la globalización no acabe desactivando el mensaje de la ciencia histórica como propuesta analítica de las sociedades pasadas en igual medida que como compromiso social.

**Palabras Clave:** Posmodernidad, historicismo, historiografía, liberalismo, funcionalismo, paradigma, capitalismo, estructuralismo, globalización.

### Abstract.

After the so-called "end of History" that places the man opposite his own historic and cultural legacy, to evade that this moment in the Postmodernity drags to the historians in a decorative duty into the society, it would be necessary not to forget what Social History has been and which its undeniable possibilities are to avoid the globalization rounds off defusing the message of the historical science as a analytical proposal of the past societies so much as a social commitment.

**Key Words:** Postmodernity, Historicism, historiography, liberalism, functionalism, paradigm, capitalism, structuralism, globalization.

(\*) Fecha de recepción del artículo: 30-octubre-2001; Fecha de aceptación del artículo: 15-diciembre-2001

**Sumario.** 1. La crisis de la Historia o del paradigma global. 2. Herencia y actualidad de la Historia Social. 3. Sólo la Historia Social es la historia total. 4. Notas. 5. Bibliografía.

### **1. La crisis de la Historia o del paradigma global.**

El fin de siglo ha traído al hombre de Occidente nuevos problemas que añadir a la crisis de nuestra civilización (Echevarría, 1995: 89), fruto de los sucesivos cambios acontecidos en los últimos años. Mientras al ritmo de los acontecimientos en las cantinas de nuestras instituciones académicas se discute sobre *el fin de la Historia y el último hombre*<sup>1</sup>, en foros especializados se tornan cada vez más claras y sólidas las voces que advierten contra los efectos perniciosos del triunfo del capitalismo como único modelo social y del liberalismo como única forma de comprensión de la realidad<sup>2</sup>.

En nuestra disciplina la crisis actual se superpone al proceso que desde los 70 había varado el propio discurrir de su identidad específica exponiendo a las tesis más funcionalistas de la comunidad investigadora las vergüenzas epistemológicas que arrastrábamos desde que la crisis de los grandes paradigmas -en su confluencia definitiva con la posmodernidad- se había intentado ocultar bajo el sudario de los Annales. La historia económica y social, fruto malogrado de la segunda generación de Annales -la de Braudel y sus seguidores afines al estructuralismo y al marxismo-, pronto rendía cuentas -en plena adolescencia escolástica- a una poderosa reacción antieconómica que abogaba por una salida airosa de la historia serial sin sujeto y su sustitución por otra más vaporosa, más libre: la de las mentalidades (Hernández Sandoica, 1995: 55). Esta crisis ha supuesto en el mejor de los casos el cuestionamiento de los fundamentos heredados, cuyas bases estaban en el marxismo estructuralista, en la citada línea de Annales y en una -raras veces reconocida- pervivencia de vicios positivistas cuya mejor aportación radica en el uso y crítica de las fuentes (Barros, 1995: 97).

La necesidad de un nuevo consenso historiográfico se une, por tanto, a un proceso de regionalización de objetivos precisamente por la desaparición de un paradigma dominante<sup>3</sup>, pero también por la ausencia de un debate teórico que reflexione sobre la historia en su globalidad. No es necesario en este punto más que recordar la imposible convergencia -tal como en la actualidad están orientadas- de los campos de estudio de la macrohistoria y la microhistoria y, en cambio, sí sus logros particulares, importantes para una concepción del fenómeno histórico abierta y total, lejos de la jerarquización conceptual de los temas de estudio, del dogma teórico, de la ortodoxia metodológica y, sobre todo, de la condena que ejerce nuestro tiempo sobre la Historia.

Los intentos por reconducir el problema en su dimensión holística han sido desde entonces tan variados como estériles. La consideración de la Historia de las mentalidades como alternativa dentro de la misma escuela -si así puede llamarse- de los Annales, en su tercera

generación, ha aportado, de principio y ante los problemas expuestos, pocos logros reales, reduciéndose su efecto a un corto espacio de tiempo definido por la crisis de la historia económico-social y la búsqueda de nuevas líneas de trabajo.

Tampoco han calado en la comunidad investigadora fuera de su ámbito original los planteamientos de la Historia Social británica, a medio camino entre la escuela *whig*, de fundamentos *rankeanos* e inspirada en los valores del individualismo liberal, y la tradición humanista del grupo de historiadores del Partido Comunista que desde los años treinta y hasta mediados de siglo redefinió los fundamentos del marxismo británico. Esta historia social recibe de su herencia *whig* su preocupación por las élites sociales y de los humanistas-socialistas su alejamiento de todo determinismo materialista o mecanicista, superando así cualquier interpretación de la historia estrechamente economicista (Juliá, S. – Martínez, A., 1994: 254); pero, sobre todo, la atención a la problemática de la transición en la formación de una nueva sociedad –en concreto la industrial-, lo que la distingue de una tradición francesa de los Annales menos sensible a los procesos de cambio social.

La consecuencia final de la confluencia de estos modelos, en cualquier caso, lejos de liberar un debate teórico de altura, ha creado tantos foros como espacios ideológico-culturales encontramos en la investigación internacional. Amparándose en propuestas políticas concretas y, sobre todo, en un mal entendido empeño por defender las raíces historiográficas propias –que no pocas veces ha llevado hasta el chovinismo más cerrado- hemos asistido por esta multiplicación de los foros y de sus instrumentos conceptuales y metodológicos a la estabilización de *callejones teóricos* donde lo propio ni se confronta ni se cuestiona hasta el punto de establecerse verdaderas escuelas geo-teóricas de espaldas a los logros ajenos.

En la España de la transición, sobre las cenizas de las nuevas propuestas metodológicas que penetraban generalmente desde el continente, mezcla de convicciones y de urgencias pseudo-epistemológicas, el enarbolamiento de aquellas señas de identidad con orgullo no había supuesto en realidad considerables logros en nuestra historiografía, pero sí había contribuido a crear un nuevo frente con el que insuflar un proyecto intelectual alternativo al oficial –al historicista- que sirviera de cobertura ideológica a las escaramuzas por la libertad y los derechos que se correteaban por los jardines de la Universidad Laboral. La coincidencia de estos hechos con la necesidad de superar los parámetros historicistas del régimen anterior, aun cuando no existía ni una tradición sólida en teoría de la historia que ofreciera alguna alternativa, ni un conocimiento profundo de las líneas de trabajo foráneas, supuso, en su día, una adopción tardía y emocional tanto de los estudios materialistas como de la historia económica y cuantitativista de los Annales, en consonancia con una demanda social esgrimida por los nuevos profesores llegados a la universidad que, además, sintonizaba con los aires políticos de la transición.

Con el tiempo podemos observar que el resultado de todo ello ha sido, por un lado, un provechoso rejuvenecimiento de las cátedras universitarias, así como el aumento de éstas y, por

otro, una comprensible aunque injustificable limitación en los niveles teóricos alcanzados, paralelos en igual medida a la desorientación palpable en los ámbitos internacionales. El reconocimiento de estos hechos, no obstante, ha planteado actitudes muy distintas en el colectivo historiador. Las reacciones observadas van desde un retorno a los géneros tradicionales (historia política, biografía histórica, relato) o cierto *conservadurismo académico* que pretende obviar la situación expuesta, hasta el revisionismo historiográfico latente en una gran parte de los investigadores del país.

En cualquier caso, *“la situación de la historiografía española a finales del siglo XX no difiere sustancialmente de la de los otros países del entorno, salvo en la aceleración producida en las últimas décadas en lo que a recepción de novedades teóricas y metodológicas se refiere”* (Valdeón Baroque, 1995: 313). Pero esta receptividad no se ha plasmado en un sustancial arraigo de estas novedades que, en la mayoría de los casos, no han pasado de ser ciertamente modas con un notable éxito editorial y una escasa trascendencia en los círculos académicos (De La Granja, 1995: 305). Por ello, algunos autores no dudan en argumentar este hecho basándose en la existencia de múltiples carencias, tanto de tipo estructurales (las ya citadas y conocidas), como otras de “deformación” profesional poco justificables desde el punto de vista de un intelectual<sup>4</sup>.

La anteriormente citada crisis de los grandes paradigmas historiográficos, ante el vacío dejado por la escuela de los Annales y el materialismo histórico entre los historiadores españoles de las décadas de los 60 y los 70, produce en los 80 una situación que pasa del pluralismo inicial a un inevitable eclecticismo, para acabar relativizando el peso específico del soporte teórico y sus consecuencias metodológicas. El desconcierto general era la causa principal de ello, pero sobre todo la citada penuria teórica y metodológica que ha caracterizado a nuestra historiografía más reciente, tal como muchos especialistas han reconocido en una valoración que va desde la *fragilidad* o la *pobreza* a la *miseria de la teoría*<sup>5</sup>, problemas que se han sumado a otros más comunes de la comunidad investigadora internacional.

Barros, generalizando, afirma en este sentido que *“la falta de un debate explícito y suficientemente centrado ha prolongado excesivamente una deplorable situación de equilibrio inestable, donde lo nuevo no acaba de imponerse y lo viejo no acaba de desaparecer... El desfase entre la práctica plural de los investigadores... y una teoría que, por inercia, sigue remitiendo al paradigma marxista-annalista del siglo XX es evidente”* (Barros, 1995: 114). Se trata, por así decirlo de manera expresiva, de revisar nuestros apoyos fundamentales en un momento en el que nos hemos desprendido de nuestros referentes inmediatos sin haber definido con éxito nuevas alternativas que orienten la práctica investigadora.

La dificultad del empeño es latente. *“Una cosa es cambiar el marco conceptual en las ciencias naturales y otra muy distinta hacerlo en las ciencias sociales. En el segundo caso es algo así como reconstruir una casa desde los cimientos hasta el techo, mientras se está viviendo*

en ella todavía" (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976: 288). La desorientación y la práctica histórica han arrastrado frenéticamente a la condena a toda una serie de categorías conceptuales y de instrumentos metodológicos que han sido y pueden seguir siendo útiles para el análisis histórico, en la mayoría de los casos debido a la caída de los cuerpos teórico-filosóficos que los sustentaban o, en el caso del marxismo, por el descrédito de sus modelos sociales<sup>6</sup>. En este sentido más provechoso resultaría un balance de las aportaciones conseguidas y retomar aquellos conceptos y sistemas de análisis aprovechables para nuestro paradigma sin despreciar ninguna aportación constructiva (Valdeón, 1995: 317).

Por otra parte, también ha tenido su parte de responsabilidad en el estado actual de la historiografía el excesivo capital sentimental empeñado en los estudios materialistas derivados. Ello ha hecho que sus conclusiones hayan parecido siempre frustrantes por escasas, por erróneas o por parciales. *"La búsqueda prioritaria de las causas de la historia en su base material se ha revelado como un enfoque claramente insuficiente, y en ocasiones erróneo. Toda metodología no reduccionista ha de perseguir, pues, la determinación global de los hechos históricos, más allá de los esquemas simplificadores y separadores (objeto / sujeto, base / superestructura, economía / política / cultura) propios del impugnado paradigma objetivista, economicista y estructuralista"* (Barros, 1995: 103).

Al otro extremo de las opciones metodológicas se ha producido el retorno de los métodos cualitativos en contra de la visión cuantitativista como modelo de exactitud y de autenticidad, de cientificidad, herencia de otros tiempos de hegemonía objetivista transmitida, sin embargo, por actitudes más asociadas a concepciones empírico-positivistas que a los propios postulados del materialismo histórico. Las filas en este grupo se han apretado en los últimos años, fruto del propio desaliento que en algunos casos produce la fragmentada realidad historiográfica, pero, en otros muchos, también debido a la desorientación general por la falta de soporte teórico-metodológico de nuestros estudios, hecho que ineludiblemente se ve volcado en las viejas y nuevas generaciones de historiadores. Los respetables intentos por actualizar los métodos cualitativos desde posiciones intelectualmente muy serias y prometedoras se han visto así empantanados con lodos cuaternarios, de sobras conocidos en nuestro país, que sólo esperaban su ocasión agazapados tras el supuesto movimiento del péndulo (en el fondo creen que lo nuestro es una moda) y confiando en la superación de la cuarentena para restaurar desde el púlpito los valores tradicionales, la pasión de un coleccionista y los métodos de un anticuario. Y todo ello sin entrar en el sentido involucionista que se oculta tras este mensaje social cargado de *revival*.

*"En el centro de esa oleada de nostalgia aparecen aquellos historiadores tradicionales a quienes los temas sociales siempre les parecieron triviales, algunos autores muy nerviosos por el dominio sociológico y marxista de la historia social, y académicos partidarios del*

*eclecticismo que defienden una acomodación real de la nueva y la vieja historia, una combinación de lo mejor de los dos, como si tan sólo fuera una cuestión de mezcla coctelera...*" (Casanova, 1991: 111).

El debate no ha proporcionado más resultados dialécticos que el alejamiento común de los principios de autocuestionamiento crítico: partiendo de una inicial *fijación de fronteras* se ha acabado por *bunkerizar* ambos modelos en posiciones que imposibilitan de hecho una necesaria confrontación paralela que proporcione nuevos parámetros de interacción.

Como en otros casos, lo recomendable sería *"una combinación de métodos cualitativos y cuantitativos si el tema, las preguntas y las fuentes lo exigen y/o lo facilitan"* (Barros, 1995: 105), pero, por encima de ello, una maduración de nuevas fórmulas de trabajo que permitan a la historia el aprovechamiento de todas las aportaciones que puedan realizar las distintas disciplinas que confluyen en el análisis concreto de cada situación histórica. El estudio de esta realidad está obligado a superar el conjunto de metáforas mecánicas que se han mostrado incapaces de reproducir la complejidad de los procesos estudiados. El intento de analizar las sociedades y sus problemas desde unas posiciones previas rígidas con el fin de establecer la verdadera naturaleza de estos problemas se ha manifestado finalmente como una fragmentación involuntaria de la globalidad social, al igual que sus modelos de interpretación una simplificación conceptual de la complejidad total. Entre estos hechos y los limitados avances de otras iniciativas parciales, el paradigma historiográfico actual ha acabado por "dejar de latir" tanto por falta de consenso como por un exceso de opciones menores cuya validez general no ha sido aún debidamente cotejada<sup>7</sup>. En esta situación su madurez se antoja ya de antemano condenada por la apresurada "presentación en sociedad" de sus valores como panacea o solución de todas nuestras limitaciones. Con todo, no resultaría vano, llegados a este punto, poner las cosas en su sitio y recordar, cuando retornan los cantos de sirena y –a medio camino entre la complacencia y el alivio indisimulado– se pretende el relanzamiento de las viejas fórmulas tradicionales bajo la coartada de la reconstrucción de nuestra ciencia, recordar –decía– las palabras de Carlos Barros (1993: 112):

*"...La experiencia ha demostrado que los peligros de la historia como disciplina científica, y como vía para cuestionar el presente y pensar un futuro distinto, no vienen ni de la historia de las mentalidades ni de la nueva historia cultural ni de la antropología histórica ni de la microhistoria ni de la sociología histórica, vienen de los vientos conservadores que soplan desde hace unos años en el mundo y que predicán el fin de la historia como proyecto social y que demandan la vuelta a una historia trivial de batallas, reyes y grandes gestas, con harta frecuencia al servicio de una acientífica recreación nacionalista de la historia..."*

El reconocimiento de la crisis –no siempre aceptada ni valorada en su justa medida- y la apertura de un debate que permita establecer, al menos, posiciones de partida se muestran cada día más necesarios para elaborar unas nuevas coordenadas paradigmáticas desde donde proceder contra la fragmentación de la Historia y su pérdida de identidad. Éstos son los verdaderos problemas que sufre hoy nuestra disciplina y para acometerlos resulta imprescindible *"la reimplantación de hábitos de tolerancia hacia las posiciones contrarias, cuyas aportaciones a la recomposición de un paradigma común hay que saber aceptar"* (Barros, 1995: 113). Para ello no sólo debemos partir del convencimiento racionalista de que *"...en el origen de toda adquisición científica existe el no-conformismo"* y de que *"...los progresos de la ciencia son fruto de la discordia"* (Febvre, 1975: 34). Más allá de esto, los historiadores nunca podemos olvidar que *"cada uno de nosotros tienen una aproximación ideológica a la Historia que se traduce en una metodología histórica particular, consciente o inconsciente. Rehusar formular los conceptos básicos que empleamos, o incluso rehusar pensar en ellos, da como resultado simplemente la asunción sin capacidad crítica del todo, de la ideología prevaleciente en la que hemos sido educados..."*<sup>8</sup>.

Sin duda, el puente que une al historiador con sus fuentes teóricas es el mismo que une al hombre con sus señas de identidad, el cordón umbilical de su existencia racional, la célula de su discurso en el tiempo y en el espacio. Renunciar a él, a buscar en el principio la razón que alumbró a su modo de enfrentarse al problema histórico, es rendir la propia existencia como sujeto a las variables contingencias del objeto.

## 2. Herencia y actualidad de la Historia Social.

A estas alturas del debate, de la crisis y de siglo, decir **historia social** es como invocar los fantasmas de la fe en la ciencia histórica y en la revolución, en su proyecto futuro y utilidad presente. Las voces que se han alzado durante las últimas décadas contra ella lo han hecho desde posiciones ideo-historiográficas tan dispares y sobre principios tan alejados que no es posible una respuesta unívoca a tamaño conglomerado. Unas veces como ejercicio escolástico más o menos fundamentado, otras como batalla dialéctica contra la autoridad del paradigma con intención de desautorizarlo y las restantes como acoso indiscriminado contra todo cuanto huele a marxismo revolucionario, la crítica no siempre ha sido honrada, limpia ni justa con el condenado. A ello han contribuido, además, los propios errores y vicios de ejecución y evolución de la historia social, muchos de cuyos excesos han acabado por convertirse en los principales argumentos de *la oposición*, expectante como andaba de pretextos y memeces con que dar de comer a los *cachorros de la contrarrevolución*.

*“Ocurre, sin embargo, que no todas esas expresiones de insatisfacción poseen –ni pueden poseer– el mismo valor. Una cosa es intentar corregir los excesos y restablecer algunas virtudes olvidadas y otra muy distinta repudiar cualquier interpretación social de la historia para volver a la situación tradicional. Y tampoco es lo mismo plantear la necesidad de abandonar las teorías sociológicas inservibles para la historia, que alejarse con esa excusa de cualquier preocupación teórica y conducir de nuevo a la disciplina histórica al puro terreno empírico. Conviene, por lo tanto, centrar las cosas, comprobar qué es lo que no funciona en la historia social y conocer el contenido de esas críticas. Unas, tras observar las dificultades experimentadas por la historia social para salvar la dicotomía regularidad frente a hechos particulares, defienden la conveniencia de regresar hacia métodos y temáticas que se consideraban superados: la historia narrativa y la historia política. Otras conducen su análisis hacia aguas más profundas y vislumbran claros signos de una completa pérdida de fe en la historia, de un desarme teórico y político de las tareas historiográficas. Entre esos dos planos críticos transitan diversos planteamientos que formulan objeciones parciales a la historia social –no por eso menos importantes– pero que no encuentran en esas alternativas soluciones satisfactorias al problema. El panorama crítico reproduce, en consecuencia, la misma indeterminación, complejidad y pluralidad que ha acompañado la trayectoria de la historia social desde sus orígenes...” (Casanova, 1991: 114).*

Esta complejidad viene a resumir, sin duda, su largo proceso de gestación y desarrollo en ámbitos socio-históricos muy prolongados. Ninguna disciplina histórica ha tenido tantos padres y, a la vez, ha sufrido los malos tratos, la incompreensión y la frialdad de tantos padrastros. Tanto es así que si unimos de la mano a Marx y a Weber, a Bloch, a Duby y a Hobsbawm, difícilmente podamos hacer una semblanza de la familia de la que hablamos. Algunos de éstos ni siquiera aceptaría –por coherencia con sus principios– ir *en el mismo barco* ni aceptaría que su obra fuera catalogada bajo estos parámetros. Pero es que el mismo concepto de historia social, como sus autores, ha sufrido muchas revisiones desde que naciera a la sombra del materialismo histórico como historiografía contestataria al modelo evolucionista burgués.

Contra la Ilustración y el liberalismo, contra la sociedad mercantil, contra la revuelta de los privilegiados, contra Voltaire y la erudición en igual medida que contra Michelet<sup>9</sup> y su concepto de la Revolución (la francesa) como nueva religión, la obra de Marx (1818-1883), lejos de pretender convertirse en una alternativa metodológica al modelo positivista rankeano, no era más que su explicación de la historia acorde al modelo social que defendía, es decir, una pieza más del sistema que, en su intento por construir un nuevo edificio social más justo, partía del principio racional de explicar críticamente el orden preexistente. El materialismo histórico no era, de principio, una propuesta historiográfica interpretativa; no era una candidatura a la sucesión del paradigma historicista y positivista, con el cual mantenía una relación casi bíblica



de duelo fratricida cuyo desenlace ya estaba escrito y fatal/felizmente arreglado<sup>10</sup>. La única propuesta en la que pensó Marx era la de una sociedad nueva que segara de cuajo el flujo sanguíneo del capitalismo, una sociedad que tuviera bien aprendida la lección de lo que había sido la historia: una sucesión discontinua de modos de producción de bienes materiales en los que, bajo formas de organización conceptualmente distintas, se había institucionalizado la apropiación por parte de los explotadores de los medios y de las relaciones de producción que se mantenían sobre los explotados bajo el pretexto de una racionalización de las tareas que mejoraran los niveles finales de producción y circulación, pero con la clara intención de reproducir continuamente estas condiciones de ventaja en el reparto final de los beneficios devengados.

Decir que el materialismo histórico, no obstante, no era una opción historiográfica, sino una propuesta de transformación global, por más que resulte obvio no debe considerarse una contradicción si en este lugar lo utilizamos como tal. Fallida la revolución, segadas otras cabezas de menos lustre, nos queda su interpretación de la historia –incompleta, parcial y empeñada en el modo de producción capitalista- para remover los cimientos sobre los que se había construido una disciplina histórica vacía de contenido social y cargada de reliquias, preocupada por los acontecimientos singulares, por los personajes ilustres, pero, sobre todo, convencida (o destinada a convencernos) del incuestionable proceso de evolución de la especie humana desde la barbarie original hasta la civilización burguesa occidental, crisol de todos los sueños de mejora y bienestar social, umbral de la felicidad gracias al intocable valor de la propiedad, que condensa y sublima, como si fuera una parcela del cielo, las mejores intenciones de la providencia divina sobre la tierra contra la pobreza, la injusticia y el mal.

El materialismo histórico convirtió en objeto de la historia "... *el estudio integrador de las distintas manifestaciones sociales, de las estructuras sociales en relación con los acontecimientos históricos y en la dinámica del cambio social...*" (Pagés, 1983: 20). A través de la definición de un sistema complejo de arquitecturas regionales -que representaban las distintas esferas de determinación oculta del proceso de producción- y de sus articulaciones intrínsecas devolvió a la historia su vocación global. Y a través de su explicación del desarrollo histórico como una manifestación continua de la lucha de clases entre aquellos que, amparados en la ficción de instituciones políticas, económicas, jurídicas, religiosas o ideológicas, públicas o privadas, perpetúan un sistema de reparto de los bienes comunes manifiestamente desigual e inversamente proporcional al esfuerzo librado para su producción y distribución, y aquellos otros que soportan el rigor de estas estructuras injustas gracias a su falta de conciencia de clase, al desconocimiento de los fundamentos reales del sistema que les enajena su trabajo en beneficio de los celadores del orden y la organización, a través de esta explicación -decía- le devolvió a la historia su preocupación social.

Perteneciente a una nueva generación educada en el marxismo, el estructuralismo, la sociología y la antropología (Momigliano, 1984: 245), Max **Weber** (1864-1921) no tardó en enfrentarse tanto a la historia política como a su explicación a través de concepciones culturales como la raza, la nación o el estado. Ello le llevó a romper muy pronto con la escuela positivista y erudita de Mommsen, de la cual procedía, encaminándose hacia posiciones más cercanas a la sociología (Momigliano, 1980: 298). Frente a los modelos unitarios clásicos, Weber defendía la historicidad de los agentes individuales y su acción social, pero desde posiciones tan alejadas del liberalismo burgués como del socialismo. Fue a través de su análisis de la estructura agraria de la Roma Antigua (*Die Römische Agrarergchichte in ihrir Bedeutung fur das Staats und Privatrecht*. Stuttgart 1891) cuando comenzó a dar una especial importancia a la ciudad y a la religión como principios de clasificación de la realidad social y fundamentos de su modelo historiográfico socio-económico. Para Weber la proliferación de los latifundios romanos habían provocado la crisis de la ciudad, centro de organización cívica y célula de cohesión económica y social (Cantimori, 1985: 19 y ss.). Con todo, su preocupación real no era tanto la agricultura antigua por sí, sino su capacidad para mantener a la sociedad romana. Mucho más allá de ello, “... Weber supo ver los fenómenos económicos dentro del complejo sistema de aquella sociedad romana, y comprendió que la naturaleza de las actividades económicas estaba en estrecha dependencia de la sociedad, de su propia forma de ser, de su estructura y sus presupuestos. Su valoración de la economía romana era realizada, pues, en los propios términos en que tal economía había existido, no de acuerdo con los presupuestos mentales o prejuicios modernos...” (Pereira Menaut, 1989: 147).

En su búsqueda de los tipos ideales de las ciudades antiguas el objeto real de la investigación no era otro que el del fracaso del capitalismo en la Antigüedad y de ahí su concepción de que la ciudad romana excluía toda forma de desarrollo, económico o social, aspirando solamente a alcanzar y mantener el equilibrio, única forma de desarrollo que los romanos pretendieron. Este hecho provocó la asfixia del capital privado a manos del Estado. En base a la naturaleza del modelo mencionado, para Weber se trataba de una economía política religiosa, debido a que los *sacra* eran el argumento más importante para la reproducción de estas comunidades. De igual manera, todo aquello que es fundamental para la reproducción de las comunidades quedaba al margen del libre juego de las fuerzas sociales, de su interacción social. La acción de los hombres estaba totalmente determinada por su pertenencia a la comunidad y la reproducción del Estado no era otra cosa que la reproducción de las clases altas, de los estratos sociales poseedores. De ahí que la actitud al respecto de escritores antiguos como Plinio, Séneca o Columela no haga más que corresponder a la defensa de sus propios intereses dentro del sistema.

Para valorar la importancia de su obra en la historiografía posterior, además de la influencia sobre autores muy concretos (Momigliano, 1980: 309, destaca a De Francisci, Vogt,

Dumézil, Finley o Vernant), resulta más concluyente el efecto producido en los estudios que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, que se puede resumir en la eliminación de los trabajos de ideología pura, la subordinación de la prosopografía a los estudios sobre estructura social, el inicio de las investigaciones sobre estructura mental, comportamiento colectivo y formas míticas de la escuela francesa, sobre la naturaleza de las fuentes o el propio concepto del historiador como sociólogo-antropólogo. Resulta evidente, pues, que Weber fue un precursor y que su método histórico introdujo el curso de las investigaciones y la preocupación por la historia social y económica en una dinámica que aún hoy podemos considerar cargada de actualidad.

La figura de **Rostovtzeff** (1870-1952) supone en gran medida el eslabón que une los estudios clásicos con las nuevas orientaciones de principios de siglo. Su colaboración inicial con los especialistas alemanes (Mommsen y Weber incluidos) le acercó al estudio del derecho romano y su administración, así como a la historia agraria, a través de los papiros y textos legales (Momigliano, 1979a: 344-345). Pero su labor se decantaría fundamentalmente por la reconstrucción y análisis de materiales arqueológicos y antigüedades muy dispares, así como por el estudio psicológico presente en civilizaciones como la romana (Momigliano, 1979b: 331). Su exilio de la URSS en 1918 va unido a una evidente reorientación ideológica palpable en el abandono de su interés por el problema agrario en favor de la historia de los comerciantes y los profesionales, de la "burguesía" y la vida urbana, en cuyo desarrollo basaba el auge del Helenismo y del Imperio Romano y por cuya crisis -según él- ambos declinaron debido a la actuación del estado contra la libre iniciativa y la prosperidad.

Es palpable que desde su nueva ventana al mundo ya en las aulas de la Universidad de Yale Rostovtzeff concede un significado paradigmático a la civilización antigua hasta el punto de exagerar la uniformidad de la vida económica de todo el territorio helenístico y romano (Momigliano, 1966; 789). Y no lo es menos que, al sobreestimar la importancia del liberalismo económico, simplificó la estructura económica del Helenismo y de Roma, olvidó definir el concepto de "burguesía", desestimó el estudio de los campesinos y menospreció la profunda incidencia que la religión tenía sobre los hombres de la época. Pero tanto en la *Historia Económica y Social del Imperio Romano* (1926) como en la del mundo helenístico (1941) aportó frescura metodológica a través de la diversificación de los estudios de la infraestructura de la época. Su concepción de la doble historia (económica y social), al más puro estilo weberiano, supuso un primer paso hacia la multidisciplinariedad, además de realizar un claro análisis de las consecuencias de la supremacía romana sobre el mundo helenístico con matices de evidente modernidad en el seno del debate historiográfico sobre el imperialismo romano, a pesar de que su obsesión por la sublimación de las clases medias le hizo olvidar tal vez de manera intencionada -ya era manifiesta su ruptura con las tesis de la revolución bolchevique-

temas tan importantes como el papel de las clases populares o el problema de la esclavitud antigua.

Contrariamente a la propia evolución de los historiadores marxistas, muy interesados por los temas clásicos hasta el triunfo de la Revolución de Octubre en la Unión Soviética -interés éste que se reiniciará a partir de 1937 con la aparición de autores como Kovaliov o Struve y la aplicación mecánica de las teorías oficiales emanadas del estalinismo-, la influencia de la escuela de **Annales** sobre los estudios de la época antigua en sus primeros tiempos fue muy escasa. Aunque el título de la revista que fundaran Marc **Bloch** (1886-1944) y Lucien **Febvre** (1878-1956) revela muy a las claras la innegable influencia del materialismo histórico en ambos historiadores (*Annales d'histoire économique et sociale*), no lo es menos que en muchas ocasiones más bien parece que se trata de una influencia parcial e historiográficamente poco fundamentada. Incluso el mismo Febvre, tras la muerte de Bloch, en plena Guerra Mundial, tuvo mucho cuidado de desvincularse de la concepción marxista de la historia, para lo cual en 1946 se llegó a modificar el nombre original de la revista por otro mucho menos explícito (*Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*), aunque sí más duradero que los efímeros títulos que hacían referencia explícita y exclusiva a su preocupación por los problemas sociales (a saber *Annales d'histoire sociale*, de 1939 a 1941, y *Mélanges d'histoire sociale*, de 1942 a 1945).

La historia económica y social de los años treinta pretende, pues, todo aquello que había constituido la crítica de la historia científica de la escuela alemana: centrar el sentido de la investigación histórica en la formulación de problemas; elaborar conceptos e hipótesis que permitan construir los hechos; comprender el hecho aislado en la totalidad que lo constituye y no en el orden cronológico en el que se produce; mantener un diálogo continuo con todas las ciencias del hombre; elaborar encuestas y formular cuestionarios que permitan recoger información relativa a todos los aspectos de la vida humana; privilegiar el estudio de los grupos sociales sobre los individuos; atender a los elementos constitutivos de la base económica y social (Juliá, 1989: 11).

La primera de las aportaciones que hizo esta escuela estableció que la historia debe realizar una síntesis global de todas las manifestaciones históricas y que el objeto de este estudio es el hombre en sociedad. Para ellos "... *la historia social no es una reflexión sobre un sector particular, sino la toma en consideración de la totalidad de los hechos que estructuraron una sociedad...*" (Chartier y Roche, 1988: 578). Se trataba de un estudio de historia total que partía del análisis de los niveles infra y superestructurales de la estructura social en clara deuda con el estructuralismo marxista más ortodoxo. A través de él podemos comprobar que "... *M. Bloch entendía la historia social como el resultado del juego de interrelaciones de los tres niveles de la realidad histórica: el económico, el social y el mental...*" (Bazán Díaz, 1993: 37-38). Pero, a pesar de las coincidencias formales, como ha afirmado Pagés, la deuda era tan visible con el

materialismo histórico como con la Ilustración, con Michelet o Fustel de Coulanges, en el caso de Bloch, o con la sociología de Berr en el caso de Febvre. Esto hizo que la historia social que preconizaban los creadores de la revista –la llamada primera generación de Annales– jamás se convirtiera en una historia de las estructuras de clases y de los conflictos sociales, tal como la había definido el marxismo (Cardoso, 1981: 126)<sup>11</sup>. Ni ellos ni sus sucesores, por más que continuaron abundando en el concepto de historia total, consiguieron superar el marco de una historia de las actividades humanas sin más, lejos del estudio de los mecanismos que relacionan estas actividades y de los procesos de cambio. Por encima de todo ello, algunos autores sostienen que de hecho no podía resultar de otro modo puesto que “... *no había en los escritos de sus fundadores suficiente teoría de la historia..., por lo menos hasta el momento en que Fernand Braudel... hizo una exposición más coherente, tratando de convertir las fórmulas literarias de Bloch y Febvre en principios teóricos*” (Fontana, 1976: 115).

La segunda generación de historiadores de Annales llevó a cabo desde los años cincuenta una recuperación de su interés por la historia social, pero más en la línea de **Georges Lefebvre** (1874-1959) que de Bloch. Sobre el convencimiento de que para analizar una estructura social, una estructuración de las relaciones sociales existentes entre grupos e individuos, se ha de tener en cuenta las bases materiales de producción y distribución del excedente económico (Cardoso y Pérez Brignoli, 1984: 293), se sentaban las bases de la nueva *historia económico-social*. Se trataba de una historia social que prestaba un especial interés a los datos económicos y, por tanto, abierta hacia la cuantificación que, no obstante, llegaría de la mano de **Ernest Labrousse** (1895-). Sucesor de Bloch en la Sorbona, renovó el estudio de la historia social desde concepciones del materialismo histórico –aunque más en la línea de Jaurès–, a nivel teórico estableciendo como premisa que toda sociedad se organiza mediante la división de clases que se definen en relación con los medios de producción; y, a nivel metodológico, trasladando a la historia social el recurso a fuentes masivas, seriales, cuantitativas y el empleo de la encuesta, propios de los distintos campos de la historia económica (Bazán Díaz, 1993: 39). Poco tiempo después, concretamente en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas que tuvo lugar en Roma en 1955, Labrousse presentó un proyecto más específico de historia social en el que pretendía definir las estructuras sociales en términos de estatuto socio-profesional y de jerarquía de las fortunas a través de las actas notariales y la estadística (Chartier y Roche, 1988: 580). Con ello nacía la *historia social cuantitativa*. Pero, como puso de manifiesto A. Daumard (Bazán Díaz, 1993: 39), esta historia social tenía sus límites:

*“Por una parte, todos los grupos no pesan de la misma manera en la sociedad; los grupos dominantes, perdidos en una estadística de conjunto, deben ser estudiados de manera más profunda que la masa; si es necesario, yendo hasta el examen del caso individual. Esto, en realidad, no contradice el método en general, ya que el caso típico sólo asume todo su*

*valor cuando se le compara con el conjunto. Es necesario insistir más sobre la importancia de la **documentación cualitativa**. El conocimiento de los testimonios de toda especie es indispensable pues solamente ellos pueden aclarar las estadísticas y datos cuantitativos que han sido reunidos. Además, en muchos dominios, son los únicos que pueden proveer una respuesta a las preguntas del historiador...*"

El Congreso de Roma puso de manifiesto la existencia de profundas diferencias teóricas, metodológicas e ideológicas dentro de la misma escuela, sobre todo entre los grupos que lideraban Labrousse, Mousnier y **Pierre Vilar**, (1906-), al propugnar un concepto de historia total entendida como investigación científica del pasado que, basada en la metodología marxista, fuera capaz de enlazar dialécticamente los diversos niveles de la actuación social y, a la vez, de explicar los mecanismos del devenir progresivo de la humanidad. Estas convicciones, expresamente combativas contra el economicismo, el factualismo y el dogmatismo estructuralista, acabaron por empantanar el debate historiográfico -tal como se puso de manifiesto en el Coloquio celebrado en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloude en 1965- hasta tal punto que se acabó oficializando como tal el enfrentamiento que mantenía Labrousse con Roland Mousnier sobre problemas menores de teoría social, con el expreso fin de marginar el problema ideológico que abanderaba Vilar<sup>12</sup>. La solución propuesta desde la ortodoxia oficial para sacar la historia social del marasmo en que la habían metido, aunque disfrazada de "salto adelante", no fue más que la ascensión al cielo de las mentalidades decretada por la Providencia escolástica en connivencia con los guardianes de la contrarrevolución. Curiosamente, a las puertas del ciclo revolucionario del 68 francés, cuando la historia ultracontemporánea de nuestro continente estaba a punto de sufrir la penúltima aceleración social del siglo, la escuela historiográfica más innovadora, la más empeñada en la temática social desde su propuesta programática, ante la petición de algunos de sus miembros más resueltos de hacer la historia desde las barricadas, al dictado de Labrousse, decide prostituir la imaginación poniéndola al servicio de la contrarrevolución y proponer un nuevo modelo más atento a los ciclos lentos de la historia y a las estructuras que superan en su duración los ciclos revolucionarios. Algo así como reivindicar las grandes verdades de la historia global frente a las menudencias de la historia temporal, a los vaivenes de la historia del conflicto de clase y a la pura vulgarización teórica de la lucha social. Labrousse ya estaba muy por encima de la historia social, aunque recurriera a la retórica metodológica para justificar el salto desde la historia social cuantitativa hasta la *historia de las mentalidades*:

*"Los caminos de la investigación permanecen abiertos en todas direcciones. La verdad es que una nueva historia social empieza enlazada a una nueva historia económica renovada y a una sociología en plena impulsión. Y que el objeto de esta historia, más allá del estudio de los grupos sociales y de sus relaciones, es el estudio de las relaciones entre lo*

*económico, lo social y lo mental. Puede que aquí descubramos, entre otras muchas cosas, una nueva forma de luchar entre el movimiento y la resistencia. El movimiento es, por excelencia –pero no siempre– lo económico. Lo social retrasa respecto a lo económico cuando viene de este último la impulsión. Inversamente, cuando lo social toma la iniciativa hace que se retrase lo económico. Dicho de otro modo, la estructura social es una resistencia. Pero, a su vez, lo mental está en retraso respecto de la estructura social. El freno de lo mental es el más fuerte de todos. La mentalidad de un medio cambia más lentamente que ese mismo medio... Más aún que la estructura social resiste la estructura mental de diversos grupos considerados en masa. ¿Quieren saber mi confesión, presentada ya públicamente, les prevengo, ante otros auditorios? Es que hasta ahora hemos hecho la historia de los movimientos y no hemos hecho bastante historia de las resistencias. La aceleración de la historia no debe hacernos infravalorar la lentitud de la historia. La resistencia de la mentalidad vigente es uno de los grandes factores de la historia lenta; bloquea o suspende las tomas de conciencia; es la gran oportunidad prodigada a las contrarrevoluciones... ”<sup>13</sup>.*

La pirueta dialéctica es tan autoevidente como pretenciosa. Lo que Labrousse pretendía decir es que la mentalidad supone de hecho una resistencia al cambio muy superior a la que oponen las estructuras sociales o económicas, más dinámicas. Con ello no sabemos muy bien si pretendía darle alguna pista a los políticos de la época o es que le estaba traicionando el subconsciente. En cualquier caso, para nuestro fin, queda un fragmento mejor del mismo texto, esencial para conocer la madurez de los elementos con que pretendía bautizar esta nueva ciencia social llamada a ser el elemento de unión para superar la crisis sobre el modelo historiográfico a defender por la escuela que servía de referencia –positiva y negativa– a la mayoría de los historiadores del momento. Dice así:

*“...Finalmente, para nosotros –y eso es lo que importa– un estudio concreto de mentalidad colectiva no puede ser otra cosa que un estudio de la mentalidad social. Estudio de la mentalidad, es decir, grosso modo, estudio de juicios, de sentimientos, de actitudes. Juicios más o menos diferentes según los grupos. Y según los problemas, la diferenciación puede aparecer con mayor o menor fuerza según la naturaleza de los hechos que se consideran, o a lo mejor, según la preponderancia: económica, nacional, religiosa. Pero nuestro fin sigue siendo la restitución de la mentalidad global (fin que no estamos seguros de abordar). Veremos en qué medida aparecen a través de la historia los lazos con el grupo o con la clase” (Bazán Díaz, 1993: 41).*

Es difícil que podamos encontrar en otra propuesta programática una más vasta y lucida colección de indefiniciones, dudas, abstracciones y conceptualizaciones abstrusas, de manera explícita. Y ello sin entrar en lo que pretende explicar. Porque reducir la historia social a un

"estudio de juicios, de sentimientos, de actitudes" y considerar que su fin es "la restitución de la mentalidad global" no sólo es un sabotaje al mensaje social de la historia, a su arma cargada de futuro, sino, sobre todo, tal como él lo expone, un desatino teórico que condena el estudio socio-económico, las bases materiales en la que se desarrollan las actuaciones sociales, a los anaqueles del tiempo, al mismo lugar donde los primeros historiadores de Annales habían desterrado la historia de los anticuarios, de los eruditos y de los biógrafos del siglo XIX. Pero, esto, al fin y al cabo, era lo mínimo que podía pasarle a la historia social cuando se le encargaba una revolución de sus fines a quien había liderado la decadencia de los viejos modelos.

Labrousse, al provocar la desconexión de la historia social y económica y el abandono del carácter global de la investigación histórica (Barros, 1993: 97), a pesar de sufrir las querellas internas y provocar la ruptura definitiva en el interior del grupo, tuvo la suerte de coincidir vitalmente con los grandes teóricos de la historia de las mentalidades que acabaron por definirle su invento, por concretar aquello que él no supo en su propuesta programática. En efecto, **Georges Duby** (1919-) cubrió con su talento las lagunas que había dejado Labrousse y dotó a la nueva historia de coherencia interna. Pocos trabajos menores (por su volumen) han tenido la trascendencia del artículo publicado en 1971 bajo el título "*Les sociétés médiévales: une approche d'ensemble*". Lejos de los fantasmas y los temores que producían en muchos de sus compañeros todo cuanto olía a marxismo, Duby se atrevió a retomar la memoria de los fundadores sin renunciar al estudio de las estructuras del análisis de la realidad social propio del materialismo histórico. Con ello devolvió a la historia social -lo que él llamaba la historia de las sociedades- su vocación de síntesis global. La propuesta, de por sí, ha sentado cátedra.

*"...L'histoire sociale, en fail, c'est toute l'histoire. Et parce que toute société est un corps, dans la composition duquel interviennent, sans qu'il soit possible de les dissocier, sinon pour les besoins de l'analyse, des facteurs économiques, des facteurs politiques et des facteurs mentaux, cette histoire appelle à soi toutes les informations, tous les indices, toutes les sources..."*

*"...A partir de toutes ces sources, et sans en négliger aucune, l'histoire des sociétés doit certes d'abord, et pour la commodité de la recherche, considérer les phénomènes à différents niveaux d'analyse. Qu'elle cesse, cependant, de se sentir la suivante d'une histoire de la civilisation matérielle, d'une histoire du pouvoir, d'une histoire des mentalités. Sa vocation propre est de synthèse. Il lui revient de recueillir les résultats d'enquêtes menées conjointement dans ces divers domaines et de les rassembler dans l'unité d'une vision globale..."* (Duby, 1971: 2).

Mientras que el modelo de Annales se iba desgarrando en familias historiográficas y, más allá de esto, en fidelidades personales, iba tomando cuerpo en Inglaterra una nueva concepción de la historia social radicalmente distinta a la francesa. Frente al ánimo de ruptura



con las tradicionales instituciones universitarias y su palpable beligerancia contra la historia política y episódica que había caracterizado a nuestra historiografía hasta entonces, la británica surgía con rasgos muy similares a los que definían a la historia tradicional: preocupación por lo factual, forma narrativa,... Esta peculiaridad se debía a la vigencia en Gran Bretaña de la llamada interpretación *whig* de la historia, un modelo de hacer la historia cercano al liberalismo doctrinario y al ideal *rankeano*, pero ajeno al núcleo central del historicismo. No obstante, y a pesar de lo que pudiera entenderse con ello, ni la lucha social ni -de manera más explícita- la lucha de clases quedaban excluidas de sus orientaciones, aunque entendidas dentro de una concepción marcadamente evolucionista en el sentido más darwiniano de lucha por la supervivencia de las especies para alcanzar niveles más altos de evolución y progreso.

Aunque esta tradición *whig* se inclinaba más por el estudio de las élites sociales y de las personalidades con más poder, de sus propios fundamentos marxistas no tardó en aparecer otra opción radical y humanista que, frente a la atención de la primera sobre el proceso de industrialización desde la perspectiva optimista del progreso material, se centraba más en el alto precio en miseria y sufrimiento que una parte de la población había pagado por este desarrollo (Juliá, 1989: 41-43). Aún así, lo que a los marxistas británicos les interesaba era, sobre todo, los procesos de cambio social -precisamente la carencia más injustificable de los *annalistas*- aunque exclusivamente centrado en las transformaciones que sufre la sociedad británica en la transición hacia el modelo capitalista. Fue Erich J. **Hobsbawn** (1917-) quien materializó los mayores logros de esta escuela superando sus estrechas miras originales en favor de una teoría globalizadora del modelo histórico social y liderando una liberación de la historia marxista de la influencia del marxismo vulgar, con su interpretación económica de la historia, el modelo de base y superestructura, las leyes históricas y su inevitabilidad, los intereses de clase y la lucha de clases como único determinante de la historia. A este marxismo vulgar Hobsbawn opone la existencia de estructura social y su historicidad, es decir, su dinámica interna de cambio. Buscar esa dinámica y sus determinantes constituye precisamente el trabajo del historiador cuya tarea consistirá en establecer estructuras y percibir las en su movimiento histórico (Hobsbawn, 1991: 13).

En el continente el debate sobre el modelo historiográfico seguía tras los pasos de la dinámica de los historiadores franceses. Ajenos a la evolución de la historia social británica, encerrados en los límites naturales de su propio modelo y peligrosamente encaminados hacia múltiples interpretaciones de lo que debía entenderse sobre la esencia *espiritual* de Annales, el estudio sobre la dinámica de las estructuras, que debía llevar al de los periodos de transición, estaba muy por encima de las posibilidades teóricas y de las preocupaciones metodológicas de la escuela. Como solución parcial a la crisis de continuidad de los seguidores de la revista, Michel **Vovelle** (1933-) intentó sacar del atolladero a la investigación de la historia social tras el bloqueo metodológico, pero sobre todo ideológico, en que se encontraba sumida como

resultado del enfrentamiento de posturas entre la escuela de Labrousse y los de Mousnier, por un lado, y las tendencias marxistas con Vilar a la cabeza desde otro. Vovelle, discípulo de Duby y de Labrousse y marxista convencido, centró sus estudios desde un principio en el análisis de las mentalidades colectivas, desde cuyo campo contribuyó, por un lado, a introducir la historia serial en los estudios sobre mentalidades colectivas en un esfuerzo de interdisciplinariedad de fértiles consecuencias; pero, por otro, logró definir una posición ecléctica muy recomendable -lejos en igual medida de la ambigüedad teórica y del oportunismo personal- entre los distintos niveles de análisis de la realidad social. Al entender que el fin de *la historia social de las mentalidades* es "el estudio de las meditaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y la manera en que la cuentan y aún en que la viven" (Vovelle, 1985: 19) Vovelle avanza hacia la comprensión de la globalidad, desde las estructuras socio-económicas hasta las actitudes colectivas y su relación dialéctica en el tiempo, hecho que conseguiría la recuperación del sitio de la superestructura sobre el edificio material o, lo que es lo mismo, la articulación de la historia de las mentalidades con sus bases sociales, lejos de experimentos de psicohistoria que había arrastrado estos estudios hacia campos de ideología pura y gratuita, superada primero por Marx contra el materialismo idealista hegeliano y después por Weber contra la escuela idealista alemana descendiente.

Pero, a pesar de evidentes logros, sobre todo de los especialistas citados, la historia social de las mentalidades acabó por convertirse en triste precursora de la descomposición definitiva de la historia, el primer paso de lo que se ha dado en llamar *la historia en migajas*. La autodenominada *nouvelle histoire*, que a lo largo de los años 70 había llegado a convertir a la revista en el órgano de mayor influencia historiográfica internacional, no tardó en provocar reacciones contrarias una vez superada la cuarentena del 68. El paradigma de la historia de las mentalidades se descalificaba ahora globalmente por haberse realizado a expensas de la historia económico-social, pero, sobre todo, por haber sustraído al sujeto de la historia. En su afán por reconstruir el universo de lo racional, lo imaginario, lo inconsciente, así como las emociones y el comportamiento de cada momento histórico y en su intención de superar el estructuralismo y el marxismo, las mentalidades se convirtieron en una *historia ambigua*<sup>14</sup>, que había perdido su relación con el resto de las estructuras y -lo que es peor- había perdido el sentido de la dinámica social. Contra el limbo intelectual de los nuevos historiadores, el repliegue individual patente tras el fracaso del proyecto colectivo y, más explícitamente, la demanda de la recuperación de la función explicativa de la historia (la historia como problema) acorralaron las posibilidades del paradigma de la tercera generación de Annales y acabaron convirtiendo sus producciones más distinguidas en las listas de venta editorial en puros artículos de moda y vulgarización histórica. En cualquier caso, y como sostienen algunos autores (Bazán Díaz, 1993: 47), esta evolución era poco menos que un proceso cantado:

*"Los historiadores desde 1929 han ido recorriendo desde el sótano, uno por uno todos los pisos del edificio de la Historia; por lo tanto, era lógico que al final de ese recorrido se encontraran con el granero; al que en multitud de ocasiones el resto de pisos remitían. La Historia hecha por los historiadores ha ido complicándose, incorporado sucesivamente nuevos territorios, hacia una explicación total de la realidad. La historia social de las mentalidades no es un territorio extranjero, exótico, sino... la prolongación natural y el punto final de toda historia social (...) El florecimiento de la historia de las mentalidades... habrá tenido al menos el inmenso mérito de enseñarnos a afrontar lo real de manera más directa, en toda su complejidad, en su totalidad "* (Vovelle, 1985: 19).

Mientras que la fecha de 1969, año siguiente al mayo francés y la oleada posterior revolucionaria, se había convertido en una fecha de reivindicación de una sociedad en contra de los valores del individualismo liberal, la fecha de 1989 marca un cambio de tendencia en base a la caída de los regímenes socialistas de la Europa oriental en favor de ¿la única opción posible? Ese fenómeno produce un giro evidente también en nuestro modelo historiográfico occidental que se ha dado en llamar *"tournant critique"* y que, básicamente, coincide *"... con un viraje intelectual y político en el mundo de grandes proporciones, que a su vez condiciona el desenlace final del debate francés y nos obliga a todos a revisar y poner al día nuestras concepciones sea historiográficas, sea filosóficas, sea políticas"* (Barros, 1993: 92). La redefinición a partir de orientaciones distintas a las actuales, pasa, no obstante, en primer lugar por una recuperación necesaria de la historia económico-social que dote de sentido material y ponga "los pies en la tierra" al modelo propugnado; en segundo lugar, por una reconsideración del sentido y los fines de la historia de las mentalidades<sup>15</sup>, lejos en igual medida de las frivolidades teóricas, del exotismo temático y del "cielo" historiográfico<sup>16</sup>; y, en tercer lugar, por una recomendable reinserción de la historia política en la social, con unos límites mucho más estrictos y unos géneros renovados, que sea capaz de contribuir a la configuración definitiva de un modelo de estudio complejo que, si bien no puede alimentarse exclusivamente de sus objetos de estudio, tampoco puede prescindir de ella y de sus preocupaciones.

No estaría completo este repaso si, por exceso de sistematización, margináramos las aportaciones en esta segunda mitad de siglo de una serie de historiadores especialistas cuyas figuras, dentro de líneas de investigación más o menos concretas, han superado su vinculación ideológica o escolástica y han acabado siendo el referente individual para posteriores trabajos. Así, por ejemplo, la difusión del materialismo histórico por las universidades europeas occidentales ha tenido en la escuela de Francfort un importante catalizador visible en los primeros trabajos de Moses I. Finley o, a través de Gramsci, sobre Bianchi Bandinelli y sus discípulos italianos (especialmente Andrea Carandini). En Inglaterra, donde la tradición de historiadores marxistas ha tenido en Gordon Childe y en Farrington a sus elementos más

destacados, ha acabado por cuajar la corriente más ortodoxa del materialismo histórico, representada por los trabajos de G.E.M. de Sainte Croix. Finalmente desde la universidad francesa de Besançon y su revista *Dialogues d'Histoire Ancienne*, centro de debates teóricos, se han producido notables avances en los métodos de investigación aplicados a la historia antigua, materializados en la labor de Jean Paul Vernant, Pierre Vidal-Naquet y Claude Mossé (Hernández Guerra, 1995: 14-15).

Fruto de una orientación distinta, pero, al igual que los anteriores, más interesados en la elaboración de propuestas metodológicas alternativas que en la maduración de una teoría de los estudios que se interesan por la realidad social<sup>17</sup>, otros historiadores han preferido dedicar sus esfuerzos a desarrollar nuevas posibilidades de crecimiento para la ciencia histórica. Sin menospreciar otros campos, han resultado definitivas para la recuperación de la confianza de los historiadores de lo social muchas de las iniciativas que desde el principio habían sido cuestionadas por su estilo, por su especificidad o por su complejidad. Abordando la historia social desde posiciones diametralmente opuestas, apoyados más sobre el casi incuestionable -cuando el trabajo ha sido serio- carácter científico de nuevas técnicas, hoy podemos proceder a una historia social nueva gracias a las aportaciones de la Arqueología Social que, abandonando definiciones historicistas y artísticas, ha sacado a la luz la verdadera historia oculta de las sociedades antiguas. Mucho más allá de ello, la maduración de nuevas posibilidades que van desde los modernos métodos de datación alta y media hasta la catalogación informatizada de restos materiales o los avances de disciplinas nuevas como la arqueología subacuática o la ceramología en las últimas décadas han transformado sustancialmente el panorama. En su *debe*, en cambio, no podemos olvidarnos de consignar que la fe en la técnica desarrollada, si el trabajo no parte de unas propuestas teóricas explícitas, sólo lleva hacia una nueva forma de positivismo *posquirúrgico* caracterizado por la inexistencia de un plan real de investigación, el erróneo convencimiento de que el dato es una explicación por sí solo y la suplantación del criterio por otras fórmulas pseudocientíficas de concordancia procedimental.

### 3. Sólo la Historia Social es la historia total.

Llegados a este punto bien podríamos preguntarnos: “Entonces, ¿qué es una historia social? ¿Qué la sustenta, qué la distingue, qué la mantiene frente a las demás?”. Lejos de ser una cuestión baladí, si queremos construir una, será necesario, al menos, explicar qué es para los historiadores esta modalidad de historia. Pero, siendo un debate semántico complejo, en muchas ocasiones su definición se ha convertido poco menos que en el empeño frustrado de una pléyade de especialistas, supuestamente con un sentido similar de la práctica histórica, por imponer su particular concepción del modelo. Cuando no en la furibunda persecución de testimonios

históricos que confirmen la viabilidad y las posibilidades de éxito de estos modelos personales, lo que se ha dado en llamar "la nueva búsqueda del Santo Grial"<sup>19</sup>.

Lo cierto es que, como sostiene David Carradine "a medida que la historia social se hace más vasta y variada es más difícil ir a su paso, y es más difícil definirla de una forma que no sea descriptiva" (Samuel, Breuilly y Clark *et alii*, 1991: 149). Ésta puede ser una de sus principales características: su variedad. De manera correlativa con la imposibilidad de aislar la materia de la que se ocupa -y de manera contraria a las demás disciplinas históricas-, de delimitar específicamente sus fines y objetos de estudio, **la historia social no es una**. No existe un catálogo, ni un carnet de identidad, ni un examen de ingreso. Es más, hoy día no sólo hay un debate interno, de vastas dimensiones y mayor trascendencia historiográfica, sino que presumen de ser sociales géneros históricos que no tienen nada en común y, por contra, reniegan de serlo o de haberlo sido alguna vez historiadores cuyas obras -por sus preocupaciones y sus orientaciones temáticas- guardan una incuestionable orientación social.

Entre los múltiples tipos de esta historia, por citar algunos, podemos encontrar: una historia del individuo en sociedad cercana a la psicología; una historia de las costumbres sociales y del ocio, de la mujer, de la familia, afín a la microhistoria (Breuilly en Samuel, Breuilly y Clark *et alii*, 1991: 141-142), al igual que la historia de la vida cotidiana; una historia de los pobres frente a los estudios centrados en las élites (Samuel en Samuel, Breuilly, Clark *et alii*, 1991: 136-137); una historia de las clases sociales (Carradine en Samuel, Breuilly, Clark *et alii*, 1991: 149); una historia "que deja al lado la política" para ocuparse de otras realidades históricas que permanecen alejadas del poder; una historia social y económica a la vez, al más puro estilo *Annales* en sus comienzos, que procede al estudio de las relaciones sociales a partir de sus bases materiales; una historia demográfica; un estudio urbano; una historia de las mentalidades o de la conciencia colectiva, historia social-tipo de la tercera generación de *Annales*; una historia de los movimientos sociales y de protesta; una historia centrada en las transformaciones sociales de la sociedad industrial y de la modernidad (Hobsbawm, 1991: 16-17); o, bien, una historia de las formaciones sociales a partir de sus "determinaciones" infraestructurales, especialmente sensible a las relaciones de producción, es decir, una historia marxista, aunque también puede vincularse a la historia sociológica de Weber y a su propia tradición.

No es fácil, por tanto, decir qué es una historia social, ni supone nada concreto afirmar que se va a construir una historia social, al menos si no se limitan los objetos de estudio. Y menos aún si optamos por entrar en definiciones como la de Breuilly, para quien "la historia social no es un tipo de historia en particular: es una dimensión que debería estar presente en todas las ramas de la historia" (Breuilly en Samuel, Breuilly, Clark *et alii*, 1991: 144). Nunca han tenido unos límites físicos tan confusos el huevo y la gallina, el río y el mar, la noche y el día. Para lo que necesitamos los historiadores la *dimensión* social no es más que ciencia ficción

y negarle su entidad particular es confundir su vocación global con una supuesta abstracción. Lejos de estos niveles opacos de definición, al igual que afirmábamos antes que la historia social no es una, habría que añadir que **no toda historia es social**, ni tiene por qué serlo. No basta con que se ocupe del “hombre en sociedad”. Por ese camino no sólo toda historia sería social, sino que -supuestamente- no habría más historia que la social, que adoptaría múltiples formas de analizar la realidad y las relaciones humanas en la historia. Si aceptamos esa definición, volvemos a las cavernas historiográficas. A finales del siglo XX, para entender la historia social y la historia, ¡tiene que volver a morir Fustel de Coulanges y tiene que volver a nacer Foucault! Todo parece indicar que no hemos aprendido la lección. Por este camino parece que para recomponer la historia que Lévi-Strauss, Foucault y Derrida nos dejaron en migajas<sup>19</sup> tenemos que volver a “positivarla”, a “historizarla”, y -finalmente- reconstruirla desde la simplificación.

En otro sentido, también habría que señalar que, pese a las últimas tentaciones de Annales y el cúmulo de empeños centrados en hacer confluír la sociología, la etnología, la antropología y la psicología en una *casa común* de las preocupaciones del hombre, **no todo lo social es historia**. Si por un lado los historiadores tenemos que defendernos de una interdisciplinariedad mal entendida que oculta bajo su capa sus intereses mercantilistas materializados en forma de OPA hostil a la disciplina histórica, por otro debemos guardar las espaldas ante el avance en nuestras filas de una *quinta columna* que postula la sustitución del concepto dinámico por el de una historia inmóvil. Esta nueva historia se convierte, pues, en una máquina de guerra contra el pensamiento dialéctico y Emmanuel Le Roy Ladurie en el último Bruto de la historia, aunque con el triste agravante de nuestra era: la opinión pública, al contrario de lo que los legados romanos argumentaron en Numancia ante los asesinos de Viriato, sí paga a los traidores. Lo hace con la moneda del éxito en el presente, con la atención a su “actualidad” cargada de esnobismo, pura liturgia de la involución. Le Roy Ladurie vuelve a vender el futuro de su pueblo por treinta monedas sólo para que no exista el pasado<sup>20</sup>. Y antes de que el gallo de la revolución cante dos veces, François Furet ya la habrá negado tres<sup>21</sup>. Los apóstoles de la historia vuelven a sus casas con la lección bien aprendida: toda tentativa revolucionaria encubre una vocación totalitaria, el sistema es atemporal, la sociedad inmutable.

Ambos historiadores encabezan la generación de Annales posterior al 68 francés, donde -recordemos- se han impuesto tendencias como la dirección colegiada de la revista, la fe ciega en el estructuralismo como única forma de análisis de la realidad histórica o la eliminación del sujeto de la historia, es decir, el culto al signo de Saussure y al *último hombre* de Foucault. En la práctica suponen un giro de Annales hacia la historia regional y el concepto de larga duración de Braudel y Labrousse, pero con la secreta intención de *detener la historia*, de neutralizar su carga revolucionaria a través del abandono del concepto de cambio político o social, además de fragmentar el objeto de estudio bajo la coartada de la serialidad. Es una historia basada en las

renuncias -a la síntesis social, a la comprensión global, al análisis de las contradicciones que dinamizan el cambio-, pero también es una historia que nace de la desilusión, de la pérdida de confianza en nuestras posibilidades de transformar nuestro mundo y además poder explicarlo. Con ella la modernidad se vuelve individualista y recelosa, preocupada de los avances técnicos y culturales, convencida ya de que cualquier otro cambio es imposible en este universo inmóvil. Y en nuestro pequeño mundo se impone el culto a la historia serial, a lo cuantitativo y la sustitución del hombre también en su papel de analista por el ordenador. Tras este proceso de fascinación por el hecho bruto se esconde la vuelta a lo descriptivo en una forma de neopositivismo de vocación claramente involucionista que avanza jaleado por los *innovadores* hacia su coronación. Con ello, en la historiografía como en la historia, de nuevo un ciclo revolucionario acaba en una restauración.

No obstante, no todos los historiadores actuales han renunciado a la historia total. Mientras puede ver desde las décadas posteriores a los años 70 cómo muchos historiadores "de *Annales*" lo adelantan por la derecha<sup>22</sup>, Georges Duby nos proporciona un nuevo modelo historiográfico, atento a la globalidad desde la ortodoxia marxista y definiendo la historia de las mentalidades como parte integrante del edificio de la realidad. Se trata de un análisis estructural que no renuncia a la explicación del cambio desde sus propias raíces sociales: las contradicciones internas entre los modos de producción dominantes y otros modos concurrentes -dominados- en interacción continua. Su modelo global incorpora la interdisciplinariedad como requisito necesario puesto que, si **la historia social es toda la historia**, es necesario recurrir a todas las fuentes necesarias de cada una de las disciplinas "locales" integrantes para acceder a la complejidad final<sup>23</sup>. Porque, al igual que es imposible aislar la materia de la que se ocupa por no tratarse de una especialidad (Hobsbawn, 1991: 9), si es necesario afirmar que su ámbito de estudio, la historia total, en sus múltiples diferenciaciones estructurales, sistémicas, de orientación o de nivel, quedan siempre bajo una misma configuración global. Básicamente la idea consiste en que como la historia política, la económica, la mental, y otros tipos específicos de historia estudian cada uno sólo un aspecto de la sociedad es necesario juntar estos tipos en un marco único<sup>24</sup> si queremos comprender la historia en su conjunto y bajo una vocación total.

#### 4. Notas.

<sup>1</sup> La obra de Francis Fukuyama (traducción de Planeta en Barcelona 1992) no tardó en encontrar respuesta en uno de nuestros más elocuentes historiadores. Fontana, J, 1992: *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Barcelona.

<sup>2</sup> La confluencia de los problemas de la historia en la sociedad actual, por un lado, y la previsible evolución de nuestra sociedad tras la desaparición del otro bloque como opción política y social, por el otro, parece sentar a la misma mesa a teóricos de nuestra disciplina, algunos de los cuales nunca se conocieron, con el sagrado fin de definir el papel de la historia en la sociedad posmoderna. Así,

Fukuyama, Lévi-Strauss, Foucault y Derrida, entre otros, podrán beberse de un trago nuestra función social y el sentido del compromiso.

<sup>3</sup> *Parroquialismo histórico* lo llaman Ruiz y Martín, 1995: "La Historia en las Universidades", pp. 64 y 66. En el mismo sentido se expresan Aróstegui, "La historiografía en España, hoy", pg. 62, y Valdeón Baruque, 1995: "La historiografía española a finales del siglo XX: miseria de la teoría", pg. 313. Todos ellos en el mismo volumen I de la obra *Historia a debate*.

<sup>4</sup> Casanova, 1991: 165, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*. Barcelona. Refiriéndose a estas otras causas –por lo general poco reconocidas– que explican el "secano español" en nuestra materia concluye sin ambages: "... mejor será en este caso no buscar excusas, proceden del desinterés y de la falta de disciplina intelectual tan típicos en nuestros ambientes universitarios. Ocupadísimo en celebraciones y aniversarios; metidos en oposiciones y más oposiciones; rodeados de alumnos –y jefes– por todas partes; invitados por los "poderes" locales –con abundantes lisonjas de por medio– a montar tinglados sin interés y en beneficio sólo de unos pocos; y sin la mínima y necesaria plataforma de discusión, poco tiempo han –o hemos– tenido los historiadores españoles para el debate intelectual y la planificación ordenada de programas de investigación..."

<sup>5</sup> Valdeón Baruque 1995: 313 y ss., va más allá estableciendo cierto *oscurecimiento* de la teoría frente a un desarrollo de los métodos y las técnicas necesarios para el análisis de las fuentes que nos proporcionan las ciencias "auxiliares". El autor toma este concepto de la respuesta del historiador marxista británico Thompson, E.P. *The Poverty of Theory*. Londres 1978 (traducido por Crítica en Barcelona 1981 como *La miseria de la teoría*) al famoso libro de Marx K. *The Poverty of Philosophy; Answer to the "Philosophy of Poverty"* by M. Proudhon. Moscú 1847 (traducido por Siglo XXI en México 1970 con el título *Miseria de la Filosofía*).

<sup>6</sup> C. Wickham, 1995: 69, afirma que lo que está en crisis no es el marxismo como método científico, sino el marxismo como religión.

<sup>7</sup> Al respecto, más bien debíamos preguntarnos si lo que realmente ha "dejado de latir" no será más bien el propio concepto de *paradigma* como modelo y norma para los historiadores. Paradójicamente, cuanto más se empeña el siglo en la simplificación, la ortodoxia y la estandarización, más descomponemos los historiadores nuestros estudios en sus migajas convirtiendo con ello un arma cargada de futuro en su más mezquina sombra de ilusión, toda academicismo, vanidad y jerarquía en el escalafón. Cf. Dosse., 1988.

<sup>8</sup> Sainte Croix, 1981: 12. Al igual que la razón, podemos asegurar que el sueño de la verdad también produce monstruos, sobre todo cuando se persigue con más vehemencia que nobleza o con más saña que humildad.

<sup>9</sup> Marx, al contrario de lo que le ocurrió a otros autores que cultivaron nuestra historia social –por ejemplo a Bloch, *infra-*, nunca se sintió en deuda con Michelet o Fustel de Coulanges, por más que éstos, de una manera tímida, hubieran iniciado el cuestionamiento del método histórico de su tiempo. Probablemente, por razones de "oficio", Marx debía considerarlos burgueses empeñados en consagrar la historia a la crudición, en vez de a la revolución. Sobre la deuda reconocida de Bloch, cf. su obra 1965: 157.

<sup>10</sup> Todos sabemos que Caín mató a Abel sólo una vez que hubo tomado conciencia de la injusticia social al negarle Dios una vieja reivindicación con la que había crecido: el reconocimiento de la igualdad de derechos con su hermano, el mismo acceso a los privilegios del Padre, la misma proporción en el reparto del amor materno y de la herencia paterna (aunque éste ya había sido expulsado del paraíso). También sabemos que, habiéndose dedicado a la agricultura –¿sedentaria?–, tras el fratricidio, fue condenado al nomadismo para que ya nunca más pudiera poseer nada suyo más que lo que pudiera cargar consigo. Al menos así podemos entenderlo del *Génesis* IV.

<sup>11</sup> Cardoso, 1981: 126, *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*. Barcelona. En el mismo sentido abunda Juliá, 1989: 11, al afirmar que "... no hay en ella, como en el materialismo histórico, una teoría de la sociedad y, menos aún, de la historia. Historia económica y social no es marxismo..., el mismo hecho de añadir social a económico indica bien que esta historia no se construye en torno a un modelo fijo, acabado, de determinación..."



<sup>12</sup> Es muy significativo el hecho de que en la "Introducción" de las Actas del Congreso celebrado dos años más tarde en el mismo lugar, publicadas en nuestro país bajo el título *Órdenes, estamentos y clases* (Madrid, 1978: 3) Labrousse, que la titula "El movimiento en favor de la historia social continúa afirmándose", no hace ninguna referencia directa ni indirecta a las tesis de Vilar. Sí, en cambio, lo hace de manera explícita de las Mousnier al hablar de los últimos tres encuentros celebrados con idéntica dedicación. Tampoco lo hace en la "Conclusión" final -pp. 337-340- donde, en cambio, sí menciona las aportaciones de Daumard, Tudesq o Le Goff.

<sup>13</sup> Labrousse, "Coloquio de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud", 1965. La cita la extraemos del artículo ya citado de Bazán Díaz, 1993: 41. La obra original salió a la luz con el título *L'histoire social. Méthodes et sources*. París 1967.

<sup>14</sup> Así la llama Le Goff en el artículo "La historia de las mentalidades: una historia ambigua", que forma parte de la obra *Hacer la historia*. Barcelona 1978.

<sup>15</sup> Le Goff 1978: 95, afirma que "...no tiene que ser ni el renacimiento de un espiritualismo superado ni el esfuerzo de supervivencia de un marxismo vulgar que buscaría en ella la definición barata de superestructuras nacidas de las infraestructuras socio-económicas".

<sup>16</sup> En este sentido parecen tomar cuerpo las propuestas que apuestan por proyectos mixtos e interdisciplinares con la antropología histórica inglesa (Thompson, Hobsbawn, ...), la nueva historia cultural norteamericana (Davis, Damton, ...) y la microhistoria italiana (Ginzburg, Grendi, Levi, Poni...).

<sup>17</sup> No han faltado tampoco alternativas en este sentido como las de la llamada *New Economic History* (conocida, sobre todo, por los trabajos de Rostow o Meyer), escuela que pretende explicar las transformaciones sociales a partir de una teoría económica neoclásica; los nuevos desarrollos metodológicos de Finley que reflejan tendencias claramente derivadas de la sociología weberiana avanzada; o, por último, la encomiable carrera de A. Momigliano, cuyos trabajos sobre problemas teóricos e historiográficos de nuestro mundo clásico se han convertido en un referente inexcusable para cualquier investigación al respecto.

<sup>18</sup> Clark, en el artículo de Samuel, Breuilly y Clark *et alii*, 1991: 144, que introduce de manera muy concreta: "¿Una nueva forma de colección de conocimientos sobre el pasado? ¿La celebración de la experiencia a costa del análisis? ¿Un tipo de historia que escriben los socialistas? ¿Movilizar el entusiasmo popular? ¿Un término híbrido? ¿O bien ofrecer la mejor oportunidad para escribir la historia total? ¿Qué es la historia social?"

<sup>19</sup> Anderson, 1986: 34-65. Más adelante afirma que tras el 68 francés con Derrida y el posestructuralismo "el lenguaje invadió la problemática universal, bombardeó el significado, cubrió por completo la verdad, burló a la ética y a la política y aniquiló la historia" (77). Dosse, 177-261. El concepto lo toma de Pierre Nora, en unas declaraciones realizadas el 7 de mayo de 1974 a *Le Nouvel Observateur* sobre la crisis de la historia.

<sup>20</sup> Una de las críticas más ásperas y más certeras contra el rumbo -probablemente, bajo coordenadas distintas, emprendido desde sus inicios- del grupo de Annales la podemos encontrar en Fontana, 1976, 122: "... simple mitología de la novedad... pseudocientifismo que tiende a encubrir, por la sobrevaloración misma de la importancia que otorga al instrumental de la investigación, la falta de unos principios teóricos sólidos, la impotencia delante de los problemas fundamentales que debe plantearse el historiador".

<sup>21</sup> En vísperas del segundo centenario de la Revolución Francesa, afirmaba no sólo su deseo constatado de que la revolución había terminado, sino su convicción de que la revolución pacífica de las Luces del siglo XVIII, al realizar la ósmosis entre nobles ilustrados y burgueses cultivados, ofrecía la posibilidad de un cambio sin conflictos, sin lucha de clases, sin intervención de las masas al fin. Dosse, 1988: 249, sobre Furet *Le Nouvel Observateur*, 28 de febrero de 1986. Curiosamente este mismo autor es citado por Fontana, 1992: 7, por recibir financiación (unos cincuenta millones de pesetas) para su proyecto "histórico" por parte de la John M. Olin Foundation, la misma institución que invierte varios millones de dólares anuales para favorecer un viraje a la derecha en la enseñanza de las ciencias sociales como el protagonizado por Fukuyama con el apoyo propagandístico de la misma fundación.

<sup>22</sup> El grupo es sumamente heterogéneo. En él “sobreviven” de manera milagrosa los desilusionados del comunismo después de los sucesos de Praga (entre ellos los ya conocidos Furet y Le Roy Ladurie), intelectuales del compromiso político y cristianos de izquierda (Jacques Juillard, Pierre Nora, Pierre Vidal-Naquet,...) e historiadores reconocidamente conservadores (como Pierre Chaunu y Philippe Ariès). Como puede suponerse ningún fenómeno de sincretismo entre estos extremos puede llevar ideológicamente a otra postura distinta de la incoherencia teoría/praxis, las diferencias internas en el concepto de historia y un mal entendido individualismo metódico disfrazado de pragmatismo desideologizado. Juillard, J., en su libro *La faute à Rousseau*. Le Seuil 1985, 247, que cita Dossé, 1988: 233, concreta como nadie lo ha hecho hasta este momento estos términos: “...1968 nos ha liberado de la Utopía, es decir, del futuro, mientras que 1981 nos emancipaba de la doctrina, es decir, del pasado; podemos hoy tratar de vivir el presente” (el subrayado es nuestro).

<sup>23</sup> Duby, 1971: 3, donde afirma: “...Es necesario partir de la idea de que ..., de hecho, la historia social es toda la historia. Y puesto que toda sociedad es un cuerpo, en la composición del cual intervienen, sin que sea posible de disociar, salvo por las necesidades del análisis, los factores económicos, de los factores políticos y los factores mentales, esta historia demanda en sí misma de todos los informes, de todos los índices, todas las fuentes...”

<sup>24</sup> Samuel, Breuilly, Clark *et alii* 1991: 142. Éstas son las bases de la historia de la sociedad o *societal history* que en la actualidad se propugna como alternativa. Pero, como veremos, con esto no es suficiente. Su “intento de colaboración entre los modelos generales de la estructura social y de cambio y el conjunto de fenómenos que realmente tuvieron lugar” (Hobsbawm, 1991: 13) es tan interesante a nivel teórico como sospechoso a nivel ideológico. ¿Marxismo sin Marx, conflicto social sin lucha de clases, clases sin intereses económicos, ...? El acontecimiento y la estructura de la mano pueden convertirse pronto en la nueva *boda del siglo*, restauración ilustrada, reformismo girondino. El fin de siglo asiste a un nuevo carnaval de máscaras: el liberalismo progresista británico disfrazado de marxismo.

## 5. Bibliografía.

- ANDERSON, P., 1986: *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid.
- ARÓSTEGUI, J., 1995: “La historiografía en España, hoy”. *Historia a debate*, I. (C. Barros., ed.). Santiago de Compostela
- BARROS, C., 1993: “La contribución de los terceros Annales y la Historia de las Mentalidades. 1969-1989”. *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*. (González Mínguez, C., ed.), pp. 87-118. Bilbao.
- BARROS, C., 1995: “La Historia que viene”. *Historia a debate*, I (C. Barros, ed.), pp. 95-117. Santiago de Compostela.
- BAZÁN DÍAZ, I., 1993: “La Historia Social de las Mentalidades y las Ciencias Sociales”. *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, pp. 37-56. Bilbao.
- BLOCH, M., 1965: *Introducción a la Historia*. México.
- CANTIMORI, D., 1985: *Los historiadores y la historia*. Barcelona.
- CARDOSO, C.F.S., 1981: *Introducción al trabajo de la investigación histórica. Conocimiento, método e historia*. Barcelona.
- CARDOSO, C.F.S. y PÉREZ BRIGNOLI, H., 1984: *Los métodos de la Historia*. Barcelona.
- CASANOVA, J., 1991: *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?* Barcelona.

- CHARTIER, R. y ROCHE, D., 1988: "Historia social". *La nueva historia* (Le Goff, Chartier y Revel, dir.), pp. 577-583. Bilbao.
- DE LA GRANJA, J.L., 1995: "La historiografía española reciente: un balance". *Historia a debate*, I (C. Barros, ed.), pp. 299-307. Santiago de Compostela.
- DOSSE, F., 1988: *La Historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*. Valencia.
- DUBY, G., 1971: "Les sociétés médiévales: une approche d'ensemble". *Annales. ESC*, nº 1, pp. 1-13.
- ECHEVARRÍA, B., 1995: "Marxismo e Historia en los años 90". *Historia a debate*, I (C. Barros, ed), pp. 69-91. Santiago de Compostela.
- FEBVRE, L., 1975: *Combates por la historia*. Barcelona.
- FONTANA, J., 1976: "Ascenso y decadencia de la escuela de los *Annales*". *Hacia una nueva historia* (Balibar, Barceló, Francastel et alii), pp. 109-127. Madrid.
- FONTANA, J., 1992: *La Historia después del fin de la Historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Barcelona.
- FUKUYAMA, F., 1992: *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E., 1995: *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid.
- HOBSBAWN, E.J., 1991: "De la historia social a la historia de la sociedad". *Historia Social* nº 10, primavera-verano, pp. 5-25.
- JULIÁ, S., 1989: *Historia social/Sociología histórica*. Madrid.
- JULIÁ, S. y MARTÍNEZ, A., 1994: *Teoría e Historia de los sistemas sociales*. Madrid.
- LE GOFF, J., 1978: "La Historia de las mentalidades, una historia ambigua". *Hacer la Historia*. Barcelona.
- MARTÍN, J.L., 1995: "La Historia en las Universidades" (mesa redonda "K"). *Historia a debate*, I (C. Barros, ed.), pp. 62-66. Santiago de Compostela.
- MOMIGLIANO, A., 1966: "Una nota su M. Rostovzeff". *Terzo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, II, pp. 787-791. Roma.
- MOMIGLIANO, A., 1979a: "M.I. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire* (1926)". *Contributo alla Storia degli Studi Classici*, pp. 341-354. Roma.
- MOMIGLIANO, A. 1979b: "Aspetti di Michele Rostovzev". *Contributo...*, pp. 327-339. Roma.
- MOMIGLIANO, A., 1980: "Dopo Max Weber?". *Sesto Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, pp. 295-312. Roma.
- MOMIGLIANO, A., 1984: "Max Weber di fronte agli storici dell'Antichità". *Settimo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, pp. 245-251. Roma.
- MOMIGLIANO, A., 1987: "Two types of Universal History: the cases of E.A. Freeman and Max Weber". *Ottavo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, pp. 121-134. Roma.

- PAGÉS, P., 1983: *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Barcelona.
- PEREIRA MENAUT, G., 1989: "Max Weber y la economía romana. Sus límites. Para una economía política de los romanos". *Homenaje a Marcelo Vigil Pascual* (María J. Hidalgo de la Vega, ed.), pp. 145-168. Salamanca.
- POLANYI, K. , ARENSBERG, C.M. y PEARSON, H.W., 1976: "El lugar de la economía en la sociedad". *Comercio y mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona.
- ROCHE, D. y LABROUSSE, C.E. *et alii*, 1978: *Órdenes, estamentos y clases*. Madrid.
- RUIZ, T.F., 1995: "La Historia en las Universidades" (mesa redonda "K"). *Historia a debate*, I, (C. Barros., ed.), pp. 62-66. Santiago de Compostela.
- SAINTE CROIX, G.E.M., 1981: "Karl Marx y la Historia de la Antigüedad Clásica". *El marxismo y los estudios clásicos*, pp. 7-35. Madrid.
- SAMUEL, R. , BREUILLY, J. , CLARK, J.C.D. *et alii*, 1991: "¿Qué es la Historia Social...?" *Historia Social* n° 10, primavera-verano, pp. 135-149.
- THOMPSON, E. P., 1981: *La miseria de la teoría*. Barcelona.
- VALDEÓN BARUQUE, J., 1995: "La historiografía española de finales del siglo XX". *Historia a debate*, I (C. Barros, ed.) , pp. 309-317. Santiago de Compostela.
- VOVELLE, M., 1985: *Ideologías y mentalidades*. Barcelona.
- WICKHAM, C., 1995: "Marxismo e Historia en los años 90" (mesa redonda "B"). *Historia a debate*, I (C. Barros., ed.) , pp. 69-91. Santiago de Compostela.